

DIMENSIONES DE LA DESIGUALDAD EDUCATIVA

Humberto Muñoz García*

Comenzaré este artículo señalando que en la actualidad se reconoce a la enseñanza y la investigación en las instituciones de educación superior como tareas fundamentales de la sociedad. En un mundo internacionalizado, en el que avanza a pasos agigantados la producción de conocimientos, ningún país puede aspirar al progreso, a la cultura y a la democracia sin un sistema de educación superior renovado y con un funcionamiento adecuado para satisfacer las aspiraciones y expectativas escolares de la población. En la literatura especializada se ha probado que hay una correlación estrecha entre las inversiones que se dedican a este nivel educativo con el desarrollo, sobre todo en países como el nuestro, a juzgar por las experiencias que han tenido otros de similar condición. Los mexicanos de hoy nos encontramos en una encrucijada histórica en la que dedicamos esfuerzos y recursos a la educación superior o corremos el riesgo de quedar rezagados en la globalización.

Para que el lector pueda apreciar mejor estas ideas vamos a presentar información sobre el panorama educativo superior resaltando las desigualdades que existen entre países, para después hacer mención a aquellas que refieren a México. Este año la UNESCO publicó un Documento de Política para el Cambio y el Desarrollo en la Educación Superior en el que se aprecia un escenario mundial caracterizado y con tendencias a una profunda inequidad.

* Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales y Coordinador de Humanidades, UNAM.

En el mundo, entre 1960 y 1980, hubo un aumento en las proporciones de la matrícula a nivel superior para el grupo de edad de 18 a 23 años, pero después del ochenta y hasta 1991 hubo una tendencia al estancamiento con un parámetro que permaneció en 18.8 por ciento. Al tiempo, en los países altamente desarrollados la matrícula creció casi tres veces en treinta años (1960-1990) para ubicarse en el orden de 40.2 por ciento de atención a la demanda, mientras que en los no desarrollados sólo creció el doble, para situarse en una cifra de 14.1 por ciento. Las proyecciones que se manejan en el documento para el año 2025 indican que la tasa de atención entre estos dos tipos de países representará una brecha mayor, ya que en los primeros el nivel de atención podrá llegar a casi 50 por ciento, mientras que en los segundos experimentará un decremento sustancial para colocarse en cerca de 10 por ciento. Si el conocimiento y los recursos humanos que se producen en las universidades se han tornado cruciales en la estratificación mundial, países como el nuestro estarán en una posición relativa cada vez más desventajosa para contar con personas formadas para crear, recibir y aplicar avances científicos y las tecnologías en boga.

En México, la cobertura nacional de educación superior (para los jóvenes de 20 a 24 años) era de 13.8 por ciento en 1990, esto es por abajo del promedio de los países no desarrollados. Y a pesar de la expansión reciente de oportunidades en materia de educación superior, en 1990 seguíamos siendo un país con enormes desigualdades. Sólo para ilustrar el punto recurriremos a un análisis comparativo a nivel regional hecho en el Programa de Educación y Empleo que se lleva a cabo en la UNAM. En dicho estudio se muestra que en la región Centro sur

(Distrito Federal, Estado de México y Morelos) se encuentra el 37 por ciento de la población del país de 18 y más años que estudió cuatro años de educación superior, y 40.1 por ciento con posgrado, lo que representa los mayores índices de concentración relativos a su base demográfica en el país. En contraste, en la región del Pacífico sur (Chiapas, Guerrero y Oaxaca) las proporciones son de 4.7 y 3.4 por ciento respectivamente, con los índices de concentración más bajos respecto a la población total del tramo de edad referido en la zona.

Así las cosas, insistiré una vez más en un punto: requerimos una política educativa que amplíe las oportunidades de estudio en el nivel superior, que evite una mayor distancia entre México y los países con los que compite y promueva un mayor equilibrio interno para que los mexicanos que viven en las regiones más desfavorecidas no permanezcan excluidos de la modernización. Adquiramos conciencia y actuemos para que, en efecto, la educación superior sea una altísima y constante prioridad del Gobierno de la República.